



# LAS EDADES DEL HOMBRE.

*Federico Fuertes Guzmán*

- Mac, ¿has estado alguna vez enamorado?.  
- No. Yo he sido camarero toda mi vida.

*"Pasión de los fuertes"*  
John Ford.

## Infancia

No existe la infancia. Los niños  
no viven en una estación de inocencias,  
de pantalones cortos y de pedradas.  
No existe la infancia. Sólo existen los niños  
que no son más que bocetos,  
máquinas iniciales.

Con ocho o diez años, todos  
apedreábamos a todo lo que volase  
o se moviese, a todo lo que diese  
patadas a un balón o a una lata.  
Todos con esa edad, desconocíamos  
que éramos felices.  
Sólo de mayores lo sabemos. Claro, es tan fácil hablar  
cuando retrocede la marea  
y los años dejan ver las piedras blancas que en su día ensuciaban  
los complejos  
y el poco caso que nos hacían las niñas.  
(Las niñas que amamantaban bocas de plástico rosa).  
La infancia mordió la manzana y la edad,  
-qué pronto nos trajo el tedio-  
cree hablar de lo cierto cuando  
recuerda el humilde paraíso donde faltaba el reloj.  
Otros ganaban nuestro pan, y por eso había que sentir en los ojos  
la espuma que suelta la arcadía. Siempre dando gracias a dios  
que nos dejó en este rincón donde mal que bien se va tirando.  
Nadie parece recordar el crujido de los pequeños cerebros de pájaro  
estallando entre los dedos  
o la explosión de petardos en el ano del perro.  
También entonces era desolado el invierno,  
más que ahora que ni siquiera aparece la lluvia.  
Las tardes no acababan de morir,  
sólo lo hacían las hormigas,  
caviar negro entre nuestros dedos índice y corazón.

También, de vez en cuando moría un vecino,  
o un payaso de la televisión  
y entonces era necesario jugar en silencio  
y ver las oraciones que nos ofrecían  
delante de un homenaje de mármol.

Fuimos dejando de ser niños con estas muertes,  
porque se sale de la infancia  
cuando uno ve circular más cantidad de muerte  
alrededor.

Cuando un niño olvidado entre las piedras se confunde  
con sus huesos y nos damos cuenta, y lloramos,  
entonces, nada más entonces,  
vienen a la cabeza los cadáveres  
que dejamos en el camino.  
Muertos en silencio como los lagartos  
o sin dignidad como el gato gritando envuelto en llamas.  
Muertos débiles como la paliza que le dimos al amigo,  
o el tortazo que la madre del compañero le dejó en la cara.  
Los muertos que perdían jugando a los trompos  
o a hacer la rana con piedras planas.  
Toda la muerte, todas las ganas de triunfo  
que se rompieron  
aparecen en los ojos cuando ven el hambre negra  
y se piensa en la cena de esa noche  
y en la de mañana.

De pronto, una voz nos reclama:  
Has dejado de ser niño  
ya podrá la felicidad empezar a existir  
de su única manera posible,  
arropada en el ajuar que nos hace el recuerdo.  
También la miseria nos inundará desde hoy  
como sabe hacerlo:  
metiendo el óxido de sus clavos  
en nuestros ojos cansados

Y todo ello ya será para siempre.

## Adolescencia

No se debe jugar con las copas delicadas que nos regalaron  
para hacer el ajuar. Las ganas de apretar y los besos de  
final de año han de quedar  
con un aura de distancia que los proteja.  
Pero jugamos con ellas, como con los niños  
que entre saltos aprenden a ser de duralex.  
Jugamos con ellas y de un manotazo  
ya son añicos.  
Este cristal que tan sutil engaña al vacío  
da su aprobación a salir de noche,  
a la música y al movimiento,  
y a las cervezas de litro.  
Puede también ir haciéndose un sitio  
el fracaso. Por primera vez el Fracaso  
que todavía solo dibuja motivos sin que se sepa  
si aquello será o no un buen cuadro.

(No sé todavía por qué hablo de la adolescencia.  
Siempre creí que era un estado social  
no una edad. Que era un jugar a no morir todavía).

A los que llenamos la copa  
con vino hirviendo  
nos estalló en las manos y se hizo la sangre  
del amor o del vinagre entre las manos,  
las manos blancas del que juega a no morir  
todavía.

Faltaría mucho para descubrir  
que da lo mismo morir enfermo  
que de buena salud,  
y que el amor no se salva  
de perder con la muerte su fecha de caducidad.  
La carga del amor primero, unas páginas  
un intento baldío de escribir  
como hace el calamar en su papel de agua  
y el libro se disuelve salado.  
En los millones  
de litros de papel mojado que lo rodean  
se disuelve la mínima palabra.  
También aprendemos en tierra firme  
a disolver el amor.

Y sin embargo todavía hay quien habla  
de una mancha negra que se hace total  
y inunda los papeles, el vacío abisal  
y los recuerdos.  
No serán desde entonces limpios los recuerdos  
porque para ellos, cada mancha permanece  
y toma la forma de estas palabras  
que no hablan sino de  
la soledad de un calamar conquistando su océano.

Inútil verdad el infinito.

## Juventud

... y yo esperaba en mi asiento.  
En la juventud, la vida era un motín alrededor.

Todos los árboles de aquella huerta eran idénticos,  
iguales los coches, edificios cuadrados, flores de escayola.  
Sentado en un jardín, y a veces en una ciudad  
sólo la música ponía algunos colores a la ceniza.  
Yo esperaba hundido en esa juventud dorada  
de vientos racheados y, a veces, de galernas,  
yo esperaba en un asiento del parque  
con los pies cubiertos de hojas secas.

Otras tardes el río pasaba a mis pies.  
El río es permanente  
pero no lo es su espuma. Y había un tesón,  
como un empeño universal de remar encima de  
esas minúsculas burbujas blancas. Como si fuesen  
mármoles,  
estatuas de mirada definitiva que orienten  
al río y a sus seguidores.

También he de hablar del tiempo que dedicaba  
a oír los semáforos. Yo creo que jaleaban a los coches  
aunque los ancianos se quejaban de inmoralidad  
y cosas así.  
Entonces no había coches amarillos ni verde esmeralda y  
menos rosa metalizado. Nada más dos modelos,  
uno de ellos gris, y el otro no lo recuerdo.

Así fuí conociendo todos los secretos de los caminantes.  
Miraba desde las terrazas de los bares  
-hay algunas espléndidas-  
de los observatorios meteorológicos  
y alguna noche, desde un balcón de un décimo piso  
que me prestaba algún amigo para refugiarme de la espera  
fría y voluminosa.  
Miraba desde los pozos, hacía por preguntar en los supermercados,  
pero la tardes -Dios, qué tardes las de entonces- acostumbraba  
hacerlas entre esas hojas secas.

Observo últimamente una mayor afición a las plazas públicas.  
Todos estos habitantes se empeñan en dar  
alimento a las palomas,  
que son otra forma triste de intentar la movilidad.

...y yo esperaba en mi asiento.  
En la juventud, la vida era un motín alrededor,  
y ninguno habría pensado que entre las hojas secas  
aparecerían algunas cabezas de paloma.  
La espera, el asiento. Todos los paisajes ya nivelados.  
Delante de un pedestal, un grupo de fieles  
ha comenzado sus oraciones.

## Vejez y tal vez la muerte

La muerte es el único animal  
que siempre dice el futuro.

Un día me levanté del banco  
y empecé a participar en las oraciones.  
Eran letanías idénticas que hablaban  
de las bondades del muerto y de la confianza  
que todos debemos depositar en la salvación final.  
(En ese momento, alguien con corbata de seda se hizo en el pecho  
la señal de la cruz).  
Nadie hablaba de las gotas de saliva que  
se escapaban por los huecos de los dientes que faltaban  
a los ancianos.

Todos veían, no tenían ojos para otra cosa,  
una losa de piedra blanca que no ofrecía ninguna mácula.  
Había llovido recientemente.  
Yo gritaba algún recuerdo, sobre la tinta de los calamares  
o tal vez sobre los semáforos.  
No tengo recuerdos demasiado nítidos de ese momento de  
la muerte.  
Nada más me viene a la cabeza el hombre de la corbata de seda.  
Todos rezaban al paso de las motos  
y de jóvenes llevando en sus brazos  
las doncellas con las manos metidas en copas de cristal,  
delicadas.  
Todos tenían los pies cansados y esperaban el fin del funeral  
para volver a sus bancos de hojas quietas.  
Desde aquí dentro ya no se oye el frío.

Tuve una visión que clausura estos poemas. Otra persona  
en un banco daba gritos con un fanal en la mano.  
Imitaba al personaje de  
F. Nietzsche en «Así habló Zaratustra» -creo-.  
Le oí que preguntaba: ¿Dónde está el amor?. ¿Dónde está el amor?.



